

Sarah Ogilvie y Gabriella Safran (eds.). *The Whole World in a Book: Dictionaries in the Nineteenth Century*. Nueva York: Oxford University Press, 2020. 358 pp.

In the nineteenth century, lexicography was a vehicle for new ideas about the history and science of language, for imperial ambitions, for nationalist passions, for Romanticism, for religious fervour, for utopian imaginings, and for the dream of producing a material object that could contain the entire world, or at least an empire or a nation, in a bounded space (Ogilvie y Safran 2020: XXIII).

El volumen que editan Ogilvie y Safran se publica no solo con el objetivo de ocuparse de la lexicografía del siglo XIX, también pretenden aportar una visión sobre las personas que la forjaron. Los dieciocho investigadores que participan en la compilación proporcionan nombres y apellidos a las obras lexicográficas más emblemáticas del siglo. Lo consiguen profundizando en la historia personal que llevó a cada uno de ellos y ellas a participar en la encomiable creación de un diccionario. A su vez, procuran describir el mundo y la sociedad en la que se publicaron los compendios y el modo en que estos fomentaban su lectura y publicación.

Con esto, el libro brinda un amplio abanico de información en el que se incluyen tanto aspectos generales de la lexicografía como detalles específicos, convirtiéndose en un ejemplar útil para estudiantes e investigadores. Presenta un enfoque divulgativo con el que explica de forma clara los conceptos más complejos. Al incluir



capítulos más especializados, genera interés también para el lector avanzado que desee profundizar en áreas más concretas.

La selección de obras que estudia destaca por el predominio de las lenguas germánicas, entre las que sobresale el inglés, seguido de otras orientales como el ruso, chino o manchú, y, en menor medida, se incluyen dos lenguas romances: el francés de Quebec y el portugués de Brasil. Con esta muestra, los autores de los capítulos tratan de mostrar cómo los lexicógrafos de la época concebían el lenguaje y de qué forma evolucionó la lingüística hasta concebir los primeros léxicos modernos.

Los grandes diccionarios eruditos alcanzaron su apogeo durante el siglo XVIII. El predominio de los volúmenes bilingües en latín o griego se vio relegado por la renovación de la lexicografía en el siglo XIX. En este siglo, sus inquietudes se convirtieron en tres: cómo estructurar las entradas del diccionario, qué tipo de información incorporarían en él y cuál debía ser el alcance del lecionario.

La Revolución Industrial cambió la vida de millones de personas en la segunda mitad del siglo XVIII. El aumento de las industrias permitió que dedicaran más tiempo al ocio y a los viajes, el acceso a los medios de transporte favoreció que viajasen de un país a otro y que necesitaran aprender nuevos idiomas.

Una nueva sociedad genera nuevas necesidades y esto sucedió en el siglo XIX: aumentó la producción de diccionarios, se crearon ediciones de precio reducido para alcanzar a toda la población, se demandaron más diccionarios bilingües en lenguas modernas y, al mismo tiempo, se exigía mayor reconocimiento sobre su propia lengua.

Luego, los lexicógrafos se centraron en aquellos aspectos que permanecieron sin resolver en el XVIII y en las nuevas preocupaciones que generó el cambio de sociedad. Ogilvie y Safran (2020) reúnen dieciséis capítulos para descifrar cómo determinados autores y diccionarios resuelven las cuestiones que vertebraron la lexicografía del siglo XIX.

Los dieciséis capítulos que componen la obra están ordenados cronológica y geográficamente, con lo cual se distinguen

tres bloques geográficos: Europa (I y III-VII), América (VIII-X) y Rusia y Asia (II y XI-XIV). Para cerrar, incorporan dos capítulos dedicados a diccionarios especializados: colecciones de humor bilingües del idioma yídish (XV) y el diccionario de lengua de señas brasileño libras (XVI).

El volumen se estructura de forma deductiva en cada uno de sus bloques, es decir, en primer lugar, se sitúan los capítulos con información más general y, para finalizar, se incluyen los más específicos. Siguiendo este modelo consiguen que el lector posea una visión general del escenario lexicográfico del siglo, antes de iniciarlo en compendios y detalles más específicos.

El bloque europeo comienza con una perspectiva general sobre la situación de la lexicografía en el siglo XVIII. Durante este siglo, se mantiene anquilosada. En el capítulo “The Unfinished Business of Eighteenth-Century European Lexicography” (pp. 1-16), John Considine describe los aspectos que los lexicógrafos dejaron sin resolver y cuyos herederos trataron de solucionar: cómo ordenar los sentidos de cada voz, la forma de indicar los diferentes registros y cuántos diccionarios hacer para reflejar completamente el idioma. Las nuevas técnicas y saberes que posibilitarían avanzar hacia la creación de diccionarios modernos se dieron a partir siglo XIX. Algunos de los progresos se debieron a la filología comparada, el aprendizaje de lenguas hasta entonces desconocidas o la numeración de las entradas.

Charles Richardson encabeza la lista de diccionarios europeos con su *New Dictionary of the English Language* (1836-1837) investigado por Michael Adams en “The Lexical Object: Richardson’s *New Dictionary of the English Language* (1836-1837)” (pp. 34-53). Esta obra surge como respuesta al repertorio que Samuel Johnson publica en 1755. Su objetivo era crear una obra opuesta y superior. Para respaldar el predominio de su ejemplar recurrió a la tradición lexicográfica europea. Emplea todos los conocimientos adquiridos de la lexicografía continental para apoyar y refrendar sus teorías sobre el lenguaje y los sentidos de las palabras. Enfocó el léxico en el significado, que consideraba único para cada significante. A

tal efecto, adoptó una metodología anticuada sustentada en autores del siglo XVII. Finalmente, Richardson consiguió crear una nueva corriente dentro de la lexicografía inglesa, aunque no se implantó en la lexicografía general.

El segundo diccionario lo incorpora Sarah Ogilvie en “A Nineteenth-Century Garment Throughout: Description, Collaboration, and Thorough Coverage in the *Oxford English Dictionary* (1884-1928)” (pp. 54-72). Consta como el primer diccionario moderno inglés y el más famoso entre los monolingües del siglo XIX. Fue iniciado por Richard Chenevix, Frederick Furnivall y Herbert Coleridge, quienes acordaron crear una nueva planta para su compendio. En 1879 James Murray aceptó el cargo de director editorial y, bajo su coordinación, se desarrolló el grueso de la obra.

Las nuevas prácticas que se implantaron marcaron un patrón para toda la lexicografía posterior. Murray empleó el Penny Post para crear una red mundial de colaboradores, adoptó el método europeo para la compilación de etimologías y reunió un leuario descriptivo del idioma sin censura. Se sirvió del progreso industrial y económico de la sociedad para elaborar el *Oxford English Dictionary*, que no habría sido posible en una época anterior.

El siguiente compendio que registra la lengua alemana lo introduce Volker Harm con “Between Science and Romanticism: The *Deutches Wörterbuch* of the Brothers Grimm” (pp.73-92). El proyecto fue comenzado por los hermanos Grimm, quienes trabajaron en él hasta su muerte. Tras este suceso, la obra fue continuada por varios filólogos de forma desorganizada y heterogénea, resultando en volúmenes completamente dispares. No fue hasta 1930 cuando pudieron corregirse los errores que ocasionaron, gracias a la fundación de la oficina editorial. Por primera vez, se contaba con un grupo de lexicógrafos profesionales dedicados a la corrección y finalización del diccionario. Aunque la obra surge del Romanticismo, puede considerarse el primer diccionario científico europeo debido a los objetivos y metodologías innovadores que predominan en su creación.

Con el nacionalismo propio de la época, continúa el *Lexicon Frisicum* (1872) en el capítulo “Joost Halbertsma and the *Lexicon Frisicum*” de Anne Dykstra (pp. 93-109). Joost Hiddes Halbertsma ideó un diccionario de frisón antiguo y moderno con el que pretendía unir a la nación de los Países Bajos. La compilación de los materiales resultó complicada debido a la escasa documentación escrita del frisón y a la falta de organización de Halbertsma, pues no tenía una metodología clara para su diccionario, lo que ocasionó reestructuraciones continuas de los materiales. Por estas razones, la información recogida es desigual en cada lema. A pesar de su carácter nacional, el léxico no estaba dirigido al hablante común del frisón, que ya no conocía la lengua latina utilizada como metalenguaje en el diccionario. Muchas de estas decisiones suscitaron críticas negativas ante una obra inconclusa que destaca por aportar una visión cultural y lingüística del siglo XIX, dado que se incluye en ella gran parte de las investigaciones históricas, culturales y folclóricas de Halbertsma.

La última obra del bloque perdura como icono nacional escocés. Susan Rennie lo analiza en el capítulo “The First Scottish ‘National’ Dictionary: John Jamieson’s *Etymological Dictionary of the Scottish Language* (1808/1825)” (pp. 110-130). Jamieson abogó por la creación de un diccionario del escocés para defender su independencia como un idioma y no un dialecto inglés. La reputación que obtuvo no fue solo nacional, sino que también traspasó las fronteras de Escocia. Se reconoció internacionalmente por sus innovaciones lexicográficas, reunió las principales fuentes del escocés seleccionando las mejores autoridades e incorporó colaboradores externos que participaron mediante cartas. En el país no contó con competencia hasta el siglo XX, cuando se creó un nuevo diccionario que estudiaba el área en la que menos había profundizado Jamieson.

Una vez completado el panorama europeo, el volumen da paso a la lexicografía americana con el título de Wim Remysen y Nadine Vicent: “French Lexicography in Québec: The Works and Ideas of Oscar Dunn” (pp. 131-151). Oscar Dunn, al igual que Jamieson, Halbertsma y los hermanos Grimm, defendió la legitimidad del

francés como lengua minoritaria en Quebec. En lugar de criticar su variedad dialectal del francés como era común en el siglo XIX, creó el glosario con la intención de describirla sin estigmatizarla. Como resultado, inició el camino para que el resto de lexicógrafos pudiera describir y defender su propia variedad de francés.

Los siguientes dos capítulos giran en torno al diccionario ideado por Noah Webster, *An American Dictionary of the English Language* (1828), y las reediciones que sufrió tras la adquisición de los derechos por Charles y George Merriam. Estos son examinados por Edward Finegan en “Christian Nationalism in Noah Webster’s Lexicography” (pp. 152-167) y Peter Sokolowski en “The Invention of the Modern Dictionary: *Webster’s Unabridged of 1864*” (pp. 168-189).

Noah Webster elaboró el repertorio valiéndose de sus doctrinas tanto lingüísticas como religiosas. Mantenía, por ejemplo, que todas las lenguas procedían del caldeo, lo que originó etimologías erróneas. El cristianismo y el nacionalismo de Webster se aprecia en cada parte de su obra, desde la selección de lemas hasta la de autoridades. Por esto, fue duramente criticado tras su publicación, aunque se agotaron todos los ejemplares, tanto en Estados Unidos como en Inglaterra.

Con la muerte de Webster, su yerno Goodrich obtuvo los derechos de la obra que finalmente pasaron a manos de los hermanos Merriam. Sin embargo, Goodrich no dejó el proyecto, sino que participó como editor principal. Así, se creó una línea de obras lexicográficas basadas en *An American Dictionary of the English Language*. Las reediciones resultaron un éxito comercial y compitieron durante años con el léxico de Worcester en la denominada Guerra de Diccionarios. Sobre esta guerra tomó partido el *New York Times*, criticando duramente el repertorio de Webster y sus etimologías. Surgió, entonces, la necesidad de corregir todos los errores de la obra lexicográfica. Con esta empresa, consiguieron convertirlo en el primer diccionario moderno americano. Una de las principales innovaciones fue contratar a un grupo de colaboradores

dedicados a su renovación. Aunque la nueva obra está redactada por varios autores, mantiene el nombre de Webster.

El último bloque geográfico hace referencia a Rusia y Asia. Comienza con el estudio realizado por D. Brian Kim, titulado “Foreign Interests: Nineteenth-Century Lexicography in Russia and Japan” (pp. 17-33). En estas regiones se inició la creación de los diccionarios bilingües en los siglos XVIII y XIX. Comenzaron por el inglés y continuaron incorporando otras lenguas a sus diccionarios hasta alcanzar en Rusia más de cuarenta. El resultado fue que la Academia Rusa creara un diccionario monolingüe para conservar la pureza del idioma frente a los extranjerismos.

El diccionario ruso más famoso, *Tolkovyi slovar’ zhivogo velikoruskogo iazyka* ‘Diccionario Explicativo del Gran Idioma Ruso Vivo’ (1861-1866), nos llega de manos de Ilya Vinitzky en “Lord of the Words: Vladimir Dahl’s *Explanatory Dictionary of the Living Great-Russian Language* as a National Epic” (pp.190-217). El objetivo del lexicón es completamente nacionalista: revivir la literatura rusa y salvar al país. La obra refleja el lenguaje literario en lugar del natural. Esto, unido a sus ideales nacionalistas y espirituales, generó reacciones contrarias en el público de la época.

En Japón, la lexicografía comenzó a desarrollarse en el siglo XIX. En esta época, se crearon los primeros léxicos bilingües en inglés. Para defender el idioma compusieron también el primer diccionario monolingüe de la lengua japonesa, titulado en español *Mar de palabras* (1889-1891). Este volumen rompió con la tradición china que seguían, y afianzó el idioma como lengua moderna y soberana.

Lo contrario sucedió en el Imperio Chino. Según refiere Mårten Söderblom Saarela en su “Lexicography of the Entrenched Empire: Banihûn’s and Pu-gong’s *Manchu-Chinese Literary Ocean* (1821)” (pp. 218-235), durante el siglo XVIII, se redactaron grandes compendios, por lo que los lexicógrafos del XIX debían idear obras de igual calidad a fin de preservar la excelencia. Debido al plurilingüismo del Imperio Qing, elaboraron diccionarios bilingües para el propio imperio y la población. Uno de los más reconocidos es *Qinghan wenhai, Manchú-Chino Océano Literario*, (1821) de

Banihûn y Pu-gong. También el Imperio encargó un diccionario manchú-chino denominado *Espejo del Idioma Manchú Encargado por el Imperio*, aunque las reediciones incorporaron nuevos idiomas y relegaron al manchú. De ahí que Joseph-Marie Callery se propusiera crear un diccionario chino-francés y traducirlo a alguna lengua europea. Sin embargo, la escasez de fondos y la dificultad de crear un diccionario chino en Europa imposibilitaron el proyecto.

De acuerdo con la exposición de Walter N. Hakala en su trabajo “Steingass’s *Comprehensive Persian-English Dictionary* and the Rise and Fall of Persian as a Transregional Language” (pp. 236-254), el Imperio Persa también constituía una realidad plurilingüe. El persa era el idioma de la administración y la cultura, por lo que las colonias inglesas necesitaban aprenderlo para comunicarse con el pueblo. En consecuencia, se crearon materiales didácticos persa-inglés; el primero fue compuesto por John Richardson en 1777: *Dictionary. Persian, Arabic and English*.

Steingass creó el repertorio *A Persian-English Dictionary* (1892) con el objeto de reflejar todas las investigaciones británicas sobre el persa. No obstante, a medida que la población inglesa fue incorporándose a la administración y al gobierno, el persa ya había quedado relegado cuando publicó su compendio.

En las colonias asiáticas, los misioneros también experimentaron una situación plurilingüe. En este caso, Lindsay Rose Russel destaca la situación de las mujeres y cómo se desarrollaron para aprender nuevas lenguas en “Sharper Tools: Missionary Women’s Lexicography in Asia” (pp. 255-276). La necesidad de comunicarse con los indígenas de las colonias originó que las misioneras se volcaran en la creación de materiales didácticos para el aprendizaje de idiomas.

Los diccionarios que crearon fueron completamente heterogéneos, pues no seguían la lexicografía académica ni tenían diccionarios de referencia. Consiguieron ser pioneras en nuevas tecnologías de impresión y recopilación de alfabetos no europeos. Surgió así la manifestación de la lexicografía en inglés creada por mujeres más importante del siglo XIX.

A modo de cierre, el último bloque está constituido por los diccionarios más particulares: los diccionarios de yídish y el diccionario *Libras* de lenguaje de signos.

Gabriella Safran introduce los diccionarios humorísticos con el capítulo “Dialect Joke Books and Russian-Yiddish and English-Yiddish” (pp. 277-297). Los vocabularios bilingües del yídish con inglés y ruso fueron publicados en el siglo XIX. Al mismo tiempo que estas obras se difundieron también las colecciones de humor del dialecto judío. La confluencia de ambas propició la creación de registros alto y bajo para el yídish, uno identificado por las palabras y expresiones del diccionario, y otro por las diferentes frases e informaciones de las colecciones de bromas. Sin embargo, contrariamente a lo que se pueda creer, muchos de los usuarios de dichas colecciones las consultaban para adquirir el mayor conocimiento y fluidez posibles en la comunicación.

Por su lado, Jorge Bidarra y Tania Aparecida Martins estudian el diccionario brasileño *Libras* (1875) en “Dictionaries of Libras from the Nineteenth to the Twenty-First Century: Historical Continuities and Persistent Challenges” (pp.298-318). En 1880, pocos años después de su publicación, se decidió que la mejor educación para los sordos era un lenguaje oral, lo que produjo la prohibición de *Libras* en 1881. No fue hasta 1960 cuando se introdujo de nuevo el lenguaje de señas junto con otros métodos comunicativos. En su tiempo, *Libras* supuso una gran inversión técnica-científica y muchas de las metodologías que aplicaron fueron grandes innovaciones.

En suma, *The Whole World in a Book* cumple con la promesa de reflejar la lexicografía mundial del siglo XIX, aunque deja fuera varios títulos importantes, como sus editores reconocen en la introducción donde señalan los diccionarios árabes y españoles. No obstante, el lector podría objetar también la ausencia de repertorios en distintas lenguas romances como el portugués o el italiano. Asimismo, si bien el volumen se ocupa de diccionarios de varios continentes, la mayoría están enfocados hacia el inglés, por lo que deja atrás, por ejemplo, en América, diccionarios de náhuatl, quechua y otras lenguas que también fueron estudiadas y lemati-

zadas a lo largo del siglo (y desde mucho antes). Con respecto a los capítulos, la información que presentan sobre cada tema y diccionario es desigual. Esta disparidad puede afectar al lector, quien debe equilibrar los datos mediante la bibliografía que cada autor aporta. Sin embargo, todos tratan aspectos interesantes de la lexicografía y, al mismo tiempo, presentan una lectura ágil y atrayente. Al final de cada uno, se incorporan las notas que amplían la información para el lector. Les sigue una rica bibliografía agrupada en fuentes primarias y secundarias.

No hay duda de que constituye una obra de cabecera para cualquier lector interesado en la lexicografía.

Xiomara Espartero
<https://orcid.org/0000-0001-8432-1298>
Universidad de Málaga
xiomaraespartero@uma.es

Recepción: 17/03/2023
Aceptación: 02/05/2023